

PAIS
29 DE
MONTE

00/3567

A LA MEMORIA DE D. JOAQUIN DE VEDIA.



B. 9
E. 2

Biblioteca del Nacional

SALA 1961 URUGUAY

A LA
MEMORIA

DEL

TEMIENTE CORONEL

DON JOAQUIN DE YEDIA

MARTIR

DE LA LIBERTAD

EN LOS CAMPOS

DEL

ARROYO-GRANDE

El seis de Diciembre de 1842.

SALA URUGUAY



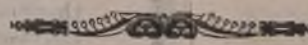
MONTEVIDEO:

IMPRENTA DEL NACIONAL,
1848.

C. 184.961

ADQUISICION
BUENAVENTURA UYUGLIA 1956

¡ Grito de Alarma !



— Cuando la nave es llevada por viento próspero y suave, bien puede dejarse al marino dormir en un oscuro rincón, mas cuando abierto el costado apenas bastan los esfuerzos mas violentos de la tripulación para no sumergirse digno es de muerte el infante que rehuye sus brazos de la común fatiga.

— MOROSO —

I

Oid si sois un libre
Con sangre en vuestras venas,
El ayre que os circunda
De siempre ha
en genio de la Patria
Me brindará su copa,
Que en vuestra frente augusta
Cual oleo verteré.

II

Oid:— si sois cobarde
En vez de ardientes cantos
Ardientes maldiciones
Os lanzará mi voz,
Y en vez del oleo sacro
Que bañe otras cabezas
Os lanzaré mi lira
Cual rayo del Señor.

III

Oid:— que del poeta
Las voces son augustas
Ya entonen la agonía
O el cántico triunfal;
Los pueblos se levantan
Al eco de sus bardos
Y en pechos maldecidos
Esconden el puñal.

IV

O se alzan como un hombre
Rompiendo sus cadenas
Con brazos vigorosos
Mas duros que el metal
En medio de la guerra
Enseñan las espaldas,
Al oír sonar la lira
Allí las frentes dan.

V

Y un día fué en la Grecia
Que en medio á la derrota
Los cantos de Tirteo
Se oyeron retronar,
Y revolviendo al punto
Los escuadrones rotos,
El lauro de victoria
Supieron arrancar.

VI

Será que ya en el mundo
No existe el entusiasmo
Ni acorren con denuedo
La Patria en su horfandad?
Oh no! los corazones
Sacudan ese pismo
Y asiendo de la espada
Repitan " Libertad " !

PALM
ES DE
MONTE

R. 8
E. 2

VII

La libertad no muere
Y en la sangrienta arena
Donde se ve postrada
¡Patriotas! no espiró.
Si cae en el fango
Regada por el llanto,
Teñida por la sangre
Se temple en el dolor.

VIII

Y llega hasta su trono
Con hondas cicatrices,
Que sirven en sus huecos
De tumba á la maldad,
Y en sus robustos hombros
Los musculos tendiendo
Sostiene de rodillas
El dogma de igualdad.

IX

No desmayeis hermanos
En la contienda dura,
El que sufrir no sabe
No debe libre ser.
La Patria no se afianza
Con profundo llanto
Sino estrellando el cráneo
Contra el feroz poder.

X

Alzaos del polvo inerte
Vencidos, no domados,
Cerniendo la melena
Como invencible león:
Alzaos y ante los bustos
De hermanos degollados.
Enarbolad en andrajos
El patrio pabellón.

XI

Agrupense sus hijos
Al pie del estandarte
Y cual la sombra al cuerpo
Le sigan por do quier.
Con puños vigorosos
Se salvan las naciones.
Los puños apretemos,
Sepamos perecer.

XII

Oprobio á los cobardes
Estupidos infames,
Al egoísta torpe
Oprobio veces mil.
Los cascos de los potros
Que doman los valientes
Estrelen en las piedras
Esa cabeza vil.

XIII

Que mire á los bandidos
Sus puertas derribando,
Forzadas á sus hijas,
La esposa de su amor,
Y en medio á la algarazara
De torpes asesinos
Los cráneos de sus hijos
Colmados de licor.

XIV

Que nunca ante sus ojos
Sonría la esperanza
Golpeando sin respuesta
La puerta del dolor.
Su lecho de agonía,
Ni endulze sus fatigas,
Un halito de amor.

XV

Laurel á los campeones
Que vibran el acero
Confianza en nuestra causa
Tranquilo el corazón
Y firme como roca
La espada como *venta*
De esclavos y tiranos
Detengan la invasión.

XVI

Laurel al que en las filas
Peleando como bueno,
Al pie de los corceles
Sucumbió con honor.
La palma del martirio
Circundará sus restos,
Del pueblo redimido
La santa bendición.

XVII

Glorioso es ser tan grande
Para colmar la fosa,
Do á nuestra cara patria
Quisieron sepultar.
Glorioso es caer por ella
Luchando brazo á brazo,
Glorioso con su polvo
Las frentes inundar.

XVIII

El fuego y el acero
Llevemos en las manos
Lidiemos como bravos,
Caigamos con valor,
Y antes que ver la patria
Revuelta por el fango
En palidas cenizas
Salvemos el honor.

XIX

Luchad como valientes,
Porqué á doquier que vayais,
Como a traidores viles
El mundo espirará,
Y dejareis las plagas
De vuestra patria amada.
Llevando el anatema
Que Dios os lanzará.

XX

Sin patria, sin amigos,
Como el judío errante
Recorreréis el mundo
En pos del huracán.
Y pasarán los meses,
Y pasarán los años,
Y los hermosos días
Ya mas no tornarán.

XXI

En el dintel del rico
Pisadas por su bota,
Recogeréis sus migas
Bañadas por la hiel.
Y llorareis entonces
Que por no ser valientes,
Bebeis ardientes lagrimas
En vez de suave miel.

XXII

Son cuna para el hijo,
Son tumba para el padre,
Y sin decir ¡mi patria!
Son lecho del amor.
Como los turbios rios
Sobre su inmundo lecho
Recorreréis la vida
En lenta proscripción.

XXIII

Oh, no, ¡al arma! al arma!
Y el grito repetido
Sacuda el patriotismo
Cual recio vendabal.
Y en torno de la hoguera
Que brilla moribunda
Soplemos los tizones
Con pecho de titan.

XXIV

Si caen en el escudo
Del martir esforzado
Cual muerte mas gloriosa
La suya igualará.
Su gloria defendiendo,
Al pueblo y á sus hijos
Un lecho dejarán.

XXV

Y vivirá su nombre
Por mil generaciones,
Y en cifra inextinguible
La historia gravará.
Y tomarán ejemplo
Los otros de su aliento,
Y del tirano inmundo
Lo fosa cavarán.

XXVI

En ella arrojaremos
Esclavos y tiranos,
Bajo el pison del libre
Nadie tendrá cuartel.
Sepultureros grandes
Nacidos del martirio
Ahogando las semillas
Del despotismo cruel.

XXVII

Arriba ciudadanos
Cual masa de granito,
Ardiendo en entusiasmo
Bajo el sagrado altar.
Arriba! Seamos grandes
Antes que ver el latigo
De nuestras caras hijas
Las carnes macerar.

XXVIII

De frente infantería,
La boca en el cartucho,
La cara al enemigo
La mano en el fusil
Soldados adelante,
Rompamos por sus filas,
Quien caiga será grande,
Quien huya será vil.

XXIX

Alza la caballería
En ardorosos potros
Oid con lanza en ristre
Las ecos del clarín.
En cargas valerosas
Romped sus escuadrones
Y entre metralla y bala
Id., adelante, Id.

XXX

Valientes artilleros
Al pie de la cureña,
Ardiente lanza fuego
Tended sobre el cañon.
Y truenen acordados
Cual la sublime orquesta
Que anuncie la agonía
Del vandalo opresor.

XXXI

Prudentes timoneros
Que con membrudos brazos
Luchais contra las olas
Revueltas con furor,
Dejad que vuestra nave
Se tumba de costado,
Poniendo dura proa
A su impetu veloz.

XXXII

Alzaos del polvo inerte
Vencidos no domados
Cerniendo la melena
Como invencible leon.
Alzaos y alzad los bustos
De hermanos degollados
Enarbolad en andrajos
El patrio Pabellon.

El Teniente Coronel D. Joaquin de Vedia :

—El honro una la memoria de su amigo, poniéndolo entre los pocos que cumplen con su deber.

JUAN M. GUTIERREZ.

Nada es una lágrima mas en el hon-
do caliz de amargura, que hace tantos
años que bebemos; nada es un grito
de dolor mas en medio de los dolori-
dos dolidos de nuestras víctimas
sacrificadas torpemente por la tiranía,
pero la voz que en estos momentos se
levante para detener en el mundo, por
algunos días mas, el nombre de los
sacrificados en las aras de la patria,
esa voz debe ser escuchada, porque
nacida del dolor de todos, es la expresi-
on del que vive en el fondo de todos
los corazones cuando contemplamos
los colores sombríos del espectáculo
que nos rodea, templado algun tanto
por los tintes risueños que brillan a lo
lejos.

El último contraste de los libres ha
abatido en el polvo cabezas distingui-
das, pero todas han descendido con
honor. Pocos hay que no tengan que
llorar la pérdida de un amigo, de un
hijo, de un esposo. . . . entre tanto
los traidores rien, pero tiembien; los
buenos ciudadanos llevan la mano al
puño de su espada y juran venganza
sobre los bustos sangrientos de sus
hermanos; derramemos una lágrima
sobre sus restos insepultos y coloque-

mos sobre sus sienes la corona del
martirio!

Nosotros queremos dedicar un res-
peto a uno de los nuestros mártires
de Arroyo Grande. Hermano, amigo y
compañero de armas, le hemos sido
fiel en todas las circunstancias de la
vida, hoy, sobre el polvo sangriento
del campo de la derrota, no deserta-
remos, ciertamente, su glorioso sepul-
cro. Joven de corazón magnánimo,
de capacidad estensa, de valor a toda
prueba, estaba destinado a morir en
los albores de la existencia, cuando
todo le sonreía, porque las víctimas
que se consagren en el altar de los de-
rechos de la humanidad, deben ser
puras, como la causa que ha colocado la
espada en nuestra mano. Los que han
conocido como nosotros al teniente
coronel Joaquin de Vedia, saben que
era un hombre destinado para servir
a su patria en puestos de importancia,
los que no le han conocido llorarán en
él uno de los patriotas y oficiales mas
distinguidos del ejército de la Repú-
blica. Modesto en su vida como en
su muerte ha caído sin ostentacion
cumpliendo con su deber en el puesto

que la nacion le habia confido. El grito de alegría que hayan lazado los esclavos de Rosas sobre su cadáver mutilado es el mas grande apobosis de su muerte.

Algunas líneas mas á la conmemoracion de esa vida humilde y en sucesos, pero consagrada constantemente á la patria.

Hijo de uno de los ilustres guerreros de nuestra independencia, el general don Nicolas de Vedia, vino al mundo el 6 de Febrero de 1817, en una estancia de esta República. Al mismo tiempo que su padre iba á pisar cautivo las playas de Inglaterra, despues de haber defendido valerosamente las de su suelo natal. El jóven Vedia creció en años y en inteligencia, manifestando desde muy temprano una gran capacidad intelectual, que se desarrolló completamente á los diez y seis años, á cuya edad poseia ya el inglés, el francés y las matematicas puras, contrayendo sus ratos de ocio á la lectura asidua de los libros sobre las materias mas abstractas y con especialidad, de la Biblia, que leia y de los veces á la edad de quince años. Pero llamado por obligaciones mas sagradas, á una vida llena de azires y sinsabores, no pudo utilizar en la literatura las bellas cualidades con que la naturaleza lo habia dotado. Nacido en los albores de nuestra regeneracion politica, y testigo de la gran lucha de nuestra independencia, teniendo siempre por delante el terso espejo de la espada de su padre, llegó á aquella época en que la República Argentina se encontró frente á frente con el Imperio del Brasil. La juventud argentina abrazó con amor esta guerra, y Vedia que tambien oyó el clamor de la patria, marchó á engrosar las filas del Ejército Nacional, incorporándose al Regimiento de Artilleria Ligera, del que era comandante el teniente coronel don Tomas Iriarte (hoy general). En este cuerpo se hallaba cuando se dió la memorable batalla de Ituzaingó, en la que, sino hizo nada

8
digno de ser recordado, fué de los muchos que merecieron de la patria, ocupando su puesto, en premio de lo cual fué condecorado con unos cordones de honor en el pecho y un escudo en el brazo izquierdo con este lema: «La patria á los vencedores de Ituzaingó.»

Luego que se firmó la Convencion de paz, entre la República Argentina y el Imperio del Brasil, Vedia se retiró al seno de su familia, ceñido por los modestos laureles que habia conquistado, sin querer tomar parte alguna, en las cuestiones intestinas que el ejército nacional promovió en Buenos-Ayres. Vuelto á su patria, fué llamado á ocupar un puesto en el ejército de la naciente República y elevado al rango de sargento mayor.

Unido á una joven de su eleccion, fué feliz por algun tiempo, hasta que la guerra vino á arrancarlo de nuevo del hogar domestico. La revolucion del año 36, encabezada por el general Rivera, lo halló mandando en esta capital, la brigada de artilleria. En aquella época, como en toda cual obra segun se lo dictaba su conciencia. En las primeras convulsiones civiles que estallan en un estado, cuando los hombres que acaudillan no se han manchado aun con crímenes, cuesta trabajo descubrir de que parte se halla la justicia. Tales fueron aquellas circunstancias: los contendientes pusieron la mano sobre su corazon, y cada cual creyó cumplir con su deber sosteniendo su partido, y todos lo pudieron hacer sin mengua. Vedia creyó cumplir con lo que debía á su patria, sos teniendo al gobierno constituido y lo hizo sin bajezas y con sano corazon. Peleó con valor en cuantos campos de batalla se cruzaron las espadas orientales, en esa lucha encarnizada, hasta que la batalla del Palmar y mas que todo la torpe alianza con el degollador de Buenos-Ayres, despopularizaron la causa del gobierno y precipitaron vergonzosamente á Oribe del alto puesto á que habia sido elevado lle-

9
vando sobre sí las maldiciones de la patria. Desde aquel momento se rompió el vinculo del partido, los que solo habian tomado la espada porque creian sostener el gefe de la ley, se la descifieron silenciosamente, pero los que solo miraban á un hombre, y estaban aun sedientos de sangre, acompañaron en su peregrinacion infame, al mandatario que se alió con el extranjero, y puso su patria maniatada á las plantas de un salvaje. Vedia fue invitado á seguir la suerte de los traidores con el grado de coronel, pero él comprendia bien la linea de sus deberes y se reusó con tenacidad.

Bien pronto la administracion del General Rivera hizo justicia á sus sentimientos y capacidad, llamandolo á desempeñar el empleo de teniente coronel del escuadron de artilleria ligera en campana. Desprendiendose de todo espíritu de partido aceptó al pronto diciendo: «Sirvamos á la patria que nos llama, y que la patria habia estado dividida en dos partidos y solo vió en ella un monton de orientales dandose el abrazo de fraternidad y mas lejos, del otro lado del Plata, una República hermana, que habia llevado la bandera de la libertad á la mitad del continente, y que yacia por tierra bajo el látigo sangriento del mas infame de los tiranos. Patriota desinteresado hizo una completa abnegacion de su persona, para dedicarse exclusivamente al sosten de las mas justas de las causas, á la que sirvió con todo el ardor de su alma devorada por el amor del bien público, esperando con resignacion el dia de prueba. Este se presentó. Un ejército de mas de seis mil soldados, bajo las órdenes del gobernador Echague, digno teniente de Rosas, profanó los campos de la República Oriental, la que apenas contaba con novecientos soldados que oponerle, pero sus hijos arriaron el hombro y sostubieron en el sus aras vacilantes. En los primeros

momentos Vedia hizo parte de la division sobre la cual se formó el ejército, mandando la artillera, y tuvo el honor de hallarse en la celebre retirada del Yi, en la que mil y doscientos soldados hambrientos y á pié disputamos quince leguas el terreno á los enemigos, haciendo despues de tres dias sin comer la marcha mas forzada que se ha hecho en estos países con infanteria y artillera, caminando quince leguas en trece horas, desde el Durazno hasta el Sarandí. A los tres dias se habian caminado treinta y dos leguas, y aquel puñado de fugitivos se habia convertido como bajo la vara de un mago en un ejército de cuatro mil hombres. El enemigo llegó hasta Sta. Lucia y se detuvo asombrado á su vista. Bien pronto nuestro ejército salvó el obtaculo, y en la derrota y victoria de los dos combates del paso de Ceferino, en Sta. Lucia chico, les enseñamos de lo que eramos capaces. El ejército invasor se vió acosado por todas partes y

una tarde se tomó la columna enemiga por el flanco y al amago de resistencia se le desalojó por dos veces á cañonazos de posiciones fuertes de que nos posesionamos inmediatamente. A los dos dias amaneció uno que se llamó el 29 de Diciembre de 1839, en el cual se dió la batalla de Cagancha, en la que Vedia, adquirió un título indestructible á la estimacion de sus compatriotas. En el momento de efectuar el enemigo su carga en tres columnas paralelas, se notó un vicio en la posicion de nuestra artillera que no le permitia jugar ventajosamente sobre aquellas. Hallábanse desprendidas las mas de las piezas, y urgiendo el tiempo, Vedia se aferró á una de ellas, y á su ejemplo todos los artilleros, sacandola á

mas de treinta pasos á vanguardia bajo el fuego del enemigo y así sucesivamente, rompiendo entonces un fuego aterrador que desconcertando los escuadrones enemigos, los entregó temblando al sable de sus vencedores. Los esclavos nos mostraron el color de sus espaldas, y entretanto Vedia, tranquilo en medio de las balas de la infantería que aun se sostenía, nos dijo sonriéndose:— «Amigo, ya no tendremos mas-horca.» Su conducta fué dignamente premiada por el General en Jefe, siendo el único, que apesar de no mandar en jefe el cuerpo, mereció una mención honrosa en el parte de la batalla, en que mil ochocientos hombres, á la luz del día, en medio de la cuchilla, cuerpo á cuerpo uno contra tres, hicimos pedazos seis mil invasores que se atrevieron á manchar el suelo de la Patria. Despues de esta jornada, Vedia se retiró al seno de su familia á gozar algunos momentos de tranquilidad; pero fueron cortos. Disputaciones sobre el Entre-Ríos, sacrificios para intervenir en las aras de la revolución, para encontrar un sepulcro glorioso en los campos del Arroyo Grande. Participe de todas las fatigas y sinsabores de esa campaña, una de las mas crueles que hayan hecho nuestros soldados, presencié el glorioso combate del Gualaguay, y el 6 de Diciembre se halló colocado en una de las baterías que componia el centro de nuestra línea, compuesto el todo de este de 1,200 infantes y 16 piezas de artillería, las cuales divididas en dos baterías cruzaban sus balas á vanguardia, compuesta la primera de diez piezas de á ocho, y doce de la artillería correntina; y la segunda de dos obuses de á veinte y cuatro, dos cañones de á seis, y dos de á cuatro de la artillería oriental, con la dotacion de cuatro mil tiros.

Sobre esta masa ventajosamente situada se formaron las alas de caballería y á su retaguardia una reserva fuerte por su número y disciplina.

En esta formación con el frente al Sur se esperó al enemigo, que arrancado de su campo por la vanguardia apareció á las ocho de la mañana en cuatro columnas paralelas que ejecutaron sus despliegues á dos mil varas de distancia, formando una línea igualmente paralela á la nuestra pero que la desbordaba por su número. Su centro, compuesto como de tres mil infantes, avanzó audazmente con el arma al brazo aclarando su frente por una línea de tiradores, en seguida presentó su flanco izquierdo, formando la columna por mitades á la derecha, y marchó hasta ponerse al alcance de nuestros cañones, á cuyo tiempo nuestra artillería rompió sobre él un fuego espantoso, á tiro de punto en blanco, que barria continuamente sus hileras. Aterrado por un ataque tan vigoroso, su línea empezaba á ondular y ya había caído, cuando fué nuevamente empujada á la carga. Herida de espanto al ver un modo tan desconocido, se desvió laborosamente por las ondulaciones del terreno: mientras tanto la caballería inmóvil, esperó el resultado del choque del centro: pero esta en vez de aprovechar la hermosa oportunidad que se le presentaba y marchar en columnas de ataque á la bayoneta, vió dispersado el mejor y mas numeroso de sus batallones casi al mismo tiempo en que el ala izquierda era completamente arrollada. Pero este revés fué contrapesado en algun modo por el triunfo del ala derecha, mandada por el coronel Bernardo Baez, quien condujo denodadamente sus escuadrones á la victoria, pudo aun de consiguiente haberse efectuado una retirada honrosa, pero en aquellos momentos uno de los cuerpos cambió su posición para ocupar otra á retaguardia y emprendió su retirada, mas viéndose casi exausta de municiones, se vió obligada á cortar cuartas y salir con sus pelotones formados quedando de este modo comprometida sobre la línea la infantería

Correntina y la artillería Oriental, que totalmente abandonadas de la caballería, sostuvieron el fuego vigorosamente. En este estado, casi sin municiones y con los infantes enemigos bayoneteando á treinta pasos sobre sus flancos, fué que nuestra artillería emprendió su retirada, ordenada por el coronel Chilavert, la que se ejecutó con el mayor orden y serenidad, perdiendo en ella los dos obuses que quedaron sin una sola granada. A dos cuartas de la línea, ya no tenia sino las piezas de á 6 en estado de hacer fuego y no pasaron muchos momentos cuando no tuvieron mas que una. Gefes, oficiales, soldados, se agruparon á su alrededor. Oficiales que apenas contaban veinte años, se resolvieron á quemar el último capucho que les quedase en honor de la libertad. La historia americana no presenta un hecho mas heroico en la defensa de una batería abandonada. Vedia trabajando en el cañon, daba á todos el ejemplo hasta que no quedó un solo tarro de donar las piezas.

El asistente de Vedia se acercó á él y presentandole la rienda del caballo le dijo. «Mi comandante ya es tiempo. Agachese al montar por las balas,» el se asomó á la caja de municiones y viéndola vacía se convenció que habia llenado su deber, luego montó á caballo y al ir á ordenar que cortasen los tiros de una pieza, una bala de fusil le dió en la cabeza, la inclinó lentamente sobre el pescuezo del caballo, se sostuvo un momento sobre los estribos y cayó al suelo cuando la infantería enemiga, hacia relumbrar sus bayonetas á veinte y cinco pasos de allí. El teniente de artillería Emilio Mitre se hallaba á pie cerca de él

cuando cayó, resuelto á hacerse degollar en su puesto antes que abandonar á sus compañeros, se acercó á Vedia y se convenció que estaba muerto, entonces montó él sobre el caballo del martir de la patria y se alejó del campo de batalla dejando al pie de la cueña el cadáver del último artillero, que se ha conservado hasta el último trance al lado del último cañon de la Republica. El coronel Chilavert y sus demas oficiales abandonaron el campo en medo de los tiros de balas y lanzas del enemigo. Menos felices que los griegos, no pudieron salvar los restos mortales de su Patroclo.— La infantería correntina emprendió su retirada con denuedo, haciendo fuego por medios batallones hasta mas de tres leguas del campo de batalla, en que fué rendida.

El comandante Vedia ha muerto con gloria á los treinta y cinco años de su edad y deja por todo patrimonio en el mundo una esposa y siete hijos, pero deja tambien cuatro hermanos que ~~son~~ ^{son} ~~un~~ ^{un} ~~padre~~ ^{padre} que á los setenta y dos años de su edad ofrece su brazo á la gran causa que sostenemos; descansen en el polvo de la derrota, la patria será libre, su muerte será vengada! El que no sea un cobarde, el que no sea un traidor infame volará al socorro de la patria y entonces las armas de la Republica, serán coronadas por una victoria espléndida, digna de la causa que con tanta robustez sostiene sobre sus hombros.

Montevideo diciembre 20 de 1842.

B. Mitre.

